

I.
El perro negro

Hay cansancios y cansancios. Existe un cansancio que consideraba relajante: puesta la atención sobre sus piernas, podía observar un cierto hormigueo amable. Eso le hacía bien. Pero éste de hoy, no. Recordaba haberlo sufrido también en algunos momentos anteriores. En cualquier caso, no tan graves como el de ahora. Lo denominaba C.M.C., siglas de Cansancio Mental Continuo. Le había ayudado a identificarlo algo que descubrió en una de las tantas biografías de Churchill que había leído a lo largo de los años. Aquél decía sufrir de lo que denominaba el “perro negro”. Era un leve ataque depresivo. Pero lo de Nik —se llamaba Nicolás, luego fue Nikola y finalmente quedó en Nik—, sin ser originalmente eso, al final se convertía en algo como eso.

Volvía de dar un seminario y, como siempre, se sentía cansado. Pero al observarlo, pocas veces había tenido una impresión tan clara de que era un cansancio exclusivamente mental. Sí. Trató de describirlo; era como si algo material ocupara por completo su cerebro y no dejara luego entrar nada en él. Y lo que era peor: ese algo material chocaba y se restregaba contra las paredes del cerebro, produciéndole un dolor constante. Lo dicho, C.M.C. Se sentía exhausto.

Poco a poco, una fuerza interior brutal que no podía controlar le fue obligando a fijarse sólo en lo malo que había en



él. ¿Y qué era eso malo?... Primeramente, lo malo del propio día, y más en concreto los momentos desagradables del seminario que había dado a un grupo de profesores. Tenía las encuestas de satisfacción a su lado, pero sabía que no era el momento de verlas. En aquel preciso momento —lo sabía— sólo se fijaría en las críticas. Y en segundo lugar, Nik observaba que eso malo del día se iba convirtiendo paulatinamente en acusaciones hacia los demás. Era como si, de repente, sólo se fijara en lo que estos tenían que haber hecho y sin embargo no habían hecho, empezando por aquella persona a la que no sabía ya muy bien si quería o no. Comenzaba a brotar en él un cúmulo de amargura hacia todos; una amargura viscosa que Nik conocía muy bien.

Y finalmente, le llegó una pregunta a la que no era capaz de responder: “¿Qué hago yo trabajando en esto?... ¿Para qué?”... Recordó cómo había elaborado en su momento una misión personal, y la trajo con mucho esfuerzo hasta la memoria, pero le sonó hueca. El solía decir que la misión era una “percha” de la cual uno podía agarrarse para no perder la perspectiva en determinados momentos; una “percha” para poder acotar, para ayudar a situarle a uno mismo y lo que hacía en un contexto sólido y seguro.

Pero esta vez no sirvió de nada. No se podía “colgar de esa percha”. Es más: lo único real era lo que ahora sentía, y no la misión que años atrás había escrito. ¿Sería que entraba en una nueva etapa?... ¿La de atrás ya no valdría?... Si supieran los que le escuchaban lo que ahora estaba pensando, tan solo unas pocas horas después de que les hubiera animado a rehacer su trabajo, a cambiar de manera de ver y, en definitiva, a vivir en conformidad con un cierto sentido que dar a

cada mañana... Felizmente no lo sabrían nunca. O quizá sí. ¿Qué diría en el próximo seminario?... Una sensación de impostura generalizada le invadió, tan sólo atemperada por un rayo de luz que le vino a la mente al pensar que, al menos, felizmente, no sería hasta la próxima semana cuando se tendría que enfrentar a una nueva gente. Cabía, pues, esperar... y confiar.

Pensó también que tal vez podría ser algo físico: falta de azúcar o algo así, aunque nada sabía de la necesidad de azúcar; tan sólo que tomaba muy poca porque le habían dicho que no era nada buena. Desde ese momento había dejado de disfrutar del café que tanto le gustaba, y ahora pensaba que tal vez el azúcar se estaba vengando de él. Tonterías. ¿Cómo había terminado pensando en tales conclusiones?... No se podía fiar ni de sí mismo ni de lo que pensaba: no lo controlaba, no se controlaba. Era evidente: ¿cómo había terminado pensando en el azúcar?... En todo caso, ¿por qué seguía haciéndose preguntas que no tenían respuesta, o que al menos él no sabía darles respuesta?... Estaba, una vez más, perdiendo el tiempo.

Volvió a fijarse en la carretera. Eso al menos le centró un poco. Y tratando de no perder aún más la perspectiva, procuró recordar momentos buenos, del seminario primero y de su vida después. Pero no pudo.